



Por: *Iván Barlaham Montoya*

Actor, Director Teatral
y Docente del Bachillerato
Artístico en Teatro
de Bellas Artes.

Foto: *Archivo del Autor.*

"YO SOY EL MUERTO" De la calle del muerto

La ciudad, poblada de fantasmas y seres reales, esa que construimos (o destruimos) los caleños en el día a día, se nos presenta aquí a través de un relato que permite indagar sobre nuestra identidad y tejer historias como las que constituyen el imaginario colectivo.



"Cuántas balas podrán caber en el tambor del revólver de un chisme tradicional?"....

P...Porque para que mi sobrina Fanny disparara sin cansarse desde el interior de su residencia hasta el cuidado antejardín y ver muerto y bien muerto a su serio y cumplido esposo, se habrían necesitado ráfagas de ametralladora. Entre tanto, sin inmutarse, su propio esposo seguiría leyendo en su estudio o

haciendo sus cuentas para continuar conduciendo su familia de cuatro hijos y avanzar con su hogar que era su prioritaria preocupación. Admito que mi sobrina sólo tuvo un marido serio, cumplidor, aún vive, inteligente y saludable. Mas, para la historieta, ella todavía no habrá acabado de vaciar el arma de fuego y él, pobre víctima, sigue muriendo en la escultura que le endilgaron. Menos mal, entre rosales y albahacas.

Rosales y albahacas que igualmente perfumaron el fallecimiento de otro parroquiano - según la versión del señor de la panadería, hecha a unas jóvenes estudiantes de comunicaciones- “Que la misma señora de esa casa, vivía enamorada del sereno o vigilante nocturno del sector que llegó hasta allí mal herido de balazos”. ¿Herido por quién? ¿Alguien lo confundió con un ladrón, un amanecer? ¿O algún marido celoso lo sorprendió en flagrancia e in fraganti? “Y que la misma vecina de los enredos, le tomó una foto, le hizo su estatua y lo reverenció en el más novelístico silencio”. Si en estos turbulentos tiempos, cuando hay tanto que ver y hacer, queda un resquicio temporal para inventar historias, con razón las hermanas Bronté (Charlotte - Emily - Anny) aún sin llegar ninguna a los 40 años, murieron dejando novelas fuertes e historizantes como “Jane Eyre”, “Cumbres borrascosas”, “Agnes Gray” respectivamente. Era más largo el tiempo en el siglo XIX? ¡Claro! Tuvieron mucho más tiempo para escribir. Ahora hay menos para eso y es más rápido inventar cuentos y chismes que maravillan y no dejan lastre alguno.

¿Qué no entiende nadie?... ¡Claro que nadie entiende! Esa es la gracia mágica de las leyendas, que desafían el entendimiento. ¿Se imaginan? Mi sobrina que es una dama, la típica y tradicional mujer de respeto... y viene a envolverla la leyenda de un crimen que ni Agata Christie tan ducha en pequeñeces y Alfred Hitchcock tan ducho en asesinatos en las duchas. Porque para que ella hubiese matado a su esposo, haberle tomado otra fotografía en el sitio del deceso y ordenado a algún escultor cómplice, levantarle acostada una estatua al muerto y luego

como si tal, seguir haciendo los oficios en su casa sin la menor preocupación; sería necesario que vuelvan los profetas a anunciar una segunda edición de la Biblia revisada y reducida. Y de paso, yo, reclamando, que el muñeco muerto allí, me pertenece, pues soy su dueño y de alguna manera me retrata en mi anhelo de no morir en breve para seguir viviendo mi alegría de hacer teatro... y ya ven, el teatro también me envuelve en sus fantasías.

La historia de la historieta va de Fanny Mickey, actriz y promotora de espectáculos teatrales, a Fanny Martínez mi sobrina, saludable y jubilosa jubilada tras varios años de serio trabajo en la Gobernación del Valle y entre las dos, como emparedados, una estatua y yo, haciendo de queso y mortadela el sandwich más indigesto harían que ni arte abstracto o surrealista. Siendo de anotar que las dos mujeres tienen gemelas iniciales F.M. como si estuvieran sintonizadas en Frecuencia Modulada para crear y contar narraciones terroríficas.

Comienza de este modo:

Durante el primer quinquenio de los años sesenta, Fanny Mickey, logró realizar los Festivales de Arte de Cali y las artes andaban por las calles y parques como paisanos recién importados a la ciudad asustadas de los ciudadanos tan comunes y corrientes, admirándolas en forma de artes plásticas, de música, de danza, de teatro, de poesía y belleza.

¡Y lo que son las cosas! Durante los Festivales de Arte, noté que se unieron los habitantes de la ciudad en un trance espiritual, intelectual y armonizante como no han logrado la salsa y el fútbol que sólo

consiguen restregar los cuerpos en refriegas alcoholiceras, dando paso a las rupturas por la embriaguez que produce la estupidez de vivir tirando paso y sumando goles que no sirve para comer ni para pagar arriendo.

Y en uno de esos artísticos festivales, empezando a morir el siglo XX y con él, el milenio dos y con éste, la era tres de Piscis, sucedió una retardada “maravilla”.

El destino, el mismo personaje de la Grecia más antigua de todas las Grecias trágicas, quiso darle a la Sultana del Valle, Sultana de ningún Sultán, (ni turcos que fuéramos)... Decía: Quiso darle una última pincelada de pintura mágica para un cuadro de bosquimanas hadas trasnochadas, escogiendo la tela clarscura de un amanecer invernal en un fatigado paisaje de violencias restregadas de tantas sangres de quinientos años patinadas. Precisamente cuando ya se iniciaba el funeral final de los tiempos de olvidos y cansancios, y la aldea cansada de no crecer para cambiar, decidía romper la crisálida y transformarse en la monstruosa mariposa de alas interminables llamada “ciudad”. Ciudad fábrica, trituradora de familias y de individuos que marchaban cual zombis a cambiar sus Fées de Bautismo por carnets, sus nombres propios por números o por letras y números. Fue entonces cuando empezó el “hace mucho, pero mucho tiempo”... Y empezó el cuento histórico y neo-renacentista del muerto de la Calle del Muerto. Mickey, cual un hada retardada y sin varita mágica produjo el milagro cultural de los festivales de Arte en los tiempos mismos del fenómeno inglés de los Beatles, (los sesentas) En uno de ellos, quizás por el sesenta y cuatro, en aquella mañana húmeda y

encharcada, se despertaron en silencio, diseminadas en los geométricos jardines del Parque La María un grupo de estatuas trasnochadas, frías y amanecidas, resfriadas, pues desnudas estuvieron todo el tiempo y ni el tiempo las vistió. Unas, pedestres, otras sedentes, algunas yacentes y las más atrevidas en poses que... ¡Eh Ave María! Hasta parturientas pariendo sin dolor, porque el cemento y la piedra aguantan todo. El parque se veía hermoso, me traía inimaginables recuerdos al “Bomarzo” del argentino Mújica Láines.

Una de esas estatuas era yo, casi en cuerpo y alma... Y “yo”, soy el que abajo signa su nombre y responde por el cuento éste. En esos tiempos ejercía de modelo desnudo. Durante diecisiete años fue esa “veringa” profesión, la que me dio el billete para irla pasando y hacer lo que no producía dinero y menos en estos rumbos: el camello del teatro. Y de paso, informo que fui “un profesional en esta refrescante ocupación” pues tuve la oportunidad de modelar en Rennes (Francia), Puerto Rico, Guatemala, Cali, Chipichape y Yumbo. Entre los profesores de escultura del Instituto de Bellas Artes de Cali estaban, Jaime Piedrahita, Ernesto Buzzi y Héctor Fabio Oviedo. Jaime, escultor del “Guerrero en reposo” me vendió por \$1.800.00, la trascendental escultura. Modelar para ellos me garantizaba “compañerismo entre artistas”.

Llegué a tener muchas esculturas y siendo actor en comienzos y sólo modelo para sobreaguar, llegaron todas a arrebatarme el escaso espacio, aún cuando no se movían y ni siquiera pestañeaban: el cemento, la piedra y el yeso son más juiciosos que los niños

pequeños, que los micos y que las ardillas, y tampoco desbaratan primorosos pesebres. Por estrechez tuve que regalar y feriar las silenciosas y tranquilas esculturas... Y a mi sobrina Fanny le regalé la del hombre en reposo y NO MORIBUNDO que ella lució primero en su casa del barrio Colseguros durante cuatro años, desde el sesenta y cuatro. Más tarde su esposo que no había comenzado a morir aún y nada lo amenazaba, ni siquiera el anuncio de una leyenda de morir balaceado para seguir viviendo sin una cicatriz, compró para mi sobrina y los hijos de ambos una lujosa y luminosa casa en la falda de la Calle de la Santa Infancia que con el cuento debió perder su santidad y mucho más su infantil inocencia. Allí, en 1969, fue entronizado la falsa moribundez de mi muñeco de cemento armado, y sin morir, estuvo tranquilo hasta que le aparecieron ramos de flores y papelitos doblados con mandas, promesas y rezos de incógnitos dolientes que se fueron sumando a rogar por el alma de quien no había muerto ni lo pensaba todavía y mucho más por el alma de la cruel asesina, la infame uxoricida que muy campante, jamás fue interrogada, jamás fue acusada ni detenida y con abnegación seguía, no sólo fiel, sino, enamorada de su viviente marido que con ella disfrutaba leyendo las notas y oraciones, como apreciando con frecuencia flores de muerto... un poco de risa y a veces de ternura.

Y ahí permanece "El guerrero en reposo" persiste moribundo en el mismo y quieto estado en que fue esculpido. El mismo que se miraba en un charco de limpia agua de lluvia amanecida, remedando al Narciso, hijo de Cefiso y de la ninfa Liriope, que admirado de su hermosura decidió lanzarse el lago

donde se reflejaba, muriendo ahogado. Ahí sigue adornando solitario el antejardín de la casa de mi pariente que aún vive entre pasmada y sonriente sin saber como responder al sentirse personaje de una leyenda truculenta que apenas si, la hacen imaginarse cuál sería la actualidad de su vida si el cuento hubiese sido historia de una espeluznante realidad que ... ¡Virgen Santa! ¡La prensa!, ¡la radio, la televisión! Y un mal pastor de una cárcel del Buen Pastor.

El muerto de verdad, al que quizás nadie le rezó y se fue al otro mundo amortajado en verdaderos olvidos y ausencia de oraciones y sufragios, sufrió igual que la estatua un paseo de muerte, más breve y más cierto. El "X Señor" que sí fue asesinado y también a balazos, viajó de la gallera que quedaba por La "Parisién", entre los barrios Breñaña y Guayaquil en Cali, ciudad de material para escribir leyendas, hasta donde lo aventaron como un fardo que quemaba sin estar caliente. Esto debe haber sucedido en 1952, porque cuando con mi familia nos descolgamos de Sevilla (Valle), el 3 de enero de 1953, nos estaba esperando la noticia muy fresca del "nacimiento del muerto, de la Calle del Muerto", que todavía no era ni camino de hormigas arrieras. Una funesta madrugada, después de las riñas de gallos, siempre en guerra contra los mismos gallos, que con unos "amigos" de "Cantaclaro" y "Pico de Oro" se quedó a beber aguardiente, jugar a los dados o al póker fuertes sumas de dinero entre galleros y trasnochadores. Fue herido de muerte y para quedara muerto y aún, ser llevado de paseo para inaugurar algún botadero de cadáveres, cosa que no estaba de moda, pues botar cadáveres era algo nuevo y temerario, ahora son "Cuentos de Upa".

Ideal, la ruta a Jamundí a donde el muerto iría a parar, acostado naturalmente. Estaba ya muy clareada la mañana, fue necesario echar atrás a conseguir un escondite en la ciudad. Por la quinta, cerca del Club Noel u Hospital Infantil, había rastros y alambradas de púas. Era propiedad privada de las monjas y la caída a la quinta, trocha de escolares que levantando el alambre de púas sin pensar en puentes peatonales, caían a la ahora, intransitable peatonal. Subir por la avenida Oscar Rizo, adornada de hermosas palmeras, remontando el Hospitalito, era lo ideal, pues entre pastos India y Raboezorro, el verdadero muerto, “gallero, tahúr y borrachero”, podía por fin descansar y dormir profundo sin volver a morir como otro muerto quien reclama ser propietario del muñeco, o sea yo, el “sus que escribe y sus que vive” y, que de alguna manera a guisa de aplaudir la imaginativa de las señoras rezanderas, de las beatas constantes, de las viejitas que se amañaron vivas, alguna vaca que pasó, un caballo aburrido, algunos perros muy animados tras una dama canina muy alebrestada y toda la vida que pasa, trato de desbaratar este otro nudo del Rey Gordias. Claro está, no lo deshago con la espada que no tengo ni la identidad de Alejandro Magno que tampoco soy, sino, dejando al advenimiento de los recuerdos, el desilusionante “desenlace” que daña tanto y siempre la película que queríamos ver, el cuento que no acabó de contarse o la última melodía con la cual termina un baile de ilusiones.

Fanny, su esposo y sus hijos, ya mayores y enrutados hacia el porvenir, se cansaron de la misma casa, el mismo piso, y las mismas paredes y hace unos cinco años probaron la moda de los altos condominios. La

casa del muerto: vivo o petrificado sigue allí en propiedad de las monjas que al comprarla hicieron verbal promesa de entregarme el muerto de mi muerte, cuando yo decida ir a continuar muriendo en otra latitud, mientras, “La Calle del Muerto” sigue muy oronda desafiando al tiempo y cargando historia con el muerto que la sostiene, dándole pátina al olvido del verdadero cadáver que quizás apostó su vida a la última riña de gallos. Riña mortal que lo hizo prócer para nombrar una ruta de la ciudad como los héroes y conquistadores que pelearon guerras dirigiendo, batallas quizás como sibaritas en lechos de pétalos de rosas.

Y colorín colorado este cuento se ha acabado y el muerto no ha terminado porque sigue muerto de la risa



Foto: Archivo del Autor.